TURISMO EN LAS COSTAS BONAERENSES ENTRE EL DESARROLLO QUE DESTRUYÓ Y EL PROGRESO QUE CONSERVARÁ

Claudio Bertonatti[1] y Lorena E. Perez[2]

[1] Asesor de la Fundación de Historia Natural Félix de Azara, consultor de la Administración de Parques Nacionales, consejero de la Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN), docente de la Cátedra UNESCO de Turismo Cultural y miembro de Mazama - Destinos naturales y culturales. claudiobertonatti@yahoo.com [2] Mentora y responsable de Mazama - Destinos naturales y culturales. mazamadestinos@yahoo.com

INTRODUCCIÓN

Desde tiempos remotos el humano prefirió habitar cerca de los espacios costeros o litorales. La regla general era vivir sobre la tierra, pero cerca del agua. Además de las necesidades básicas que representaba disponer de agua potable y para riego, esos ecosistemas costeros solían ser elegidos preferencialmente por otros aspectos. Ya sea por su ubicación estratégica en lo geopolítico o porque brindaban otros recursos naturales (peces, mariscos, aves o mamíferos marinos, etc.). De hecho estos ambientes siempre abrieron paso a las comunicaciones o a las conquistas, ya sean comerciales o territoriales (Haggett, 1983). Y entre sus muchos beneficios también estaban los recreativos. Ya en el tiempo de Nerón (siglo I) los patricios romanos imitaban al emperador veraneando en las costas de Sicilia. Se sabe que también viajaban en su tiempo de ocio a las costas de Egipto y de Grecia y prácticamente con las mismas motivaciones que hoy lo hacen las generaciones actuales.

A nivel internacional, la movilidad turística encuentra en los sitios costeros el principal escenario que motiva el desplazamiento de las personas, registrando los mayores flujos turísticos (Vera *et al*., 1997).

En la Argentina, durante los últimos años se contabilizaron más de 65 millones de visitantes o personas que realizaron viajes turísticos anualmente. Esa cantidad de visitantes está conformada por partes casi iguales entre turistas (que al menos han pasado una noche en el lugar visitado) y excursionistas (que han realizado una visita de un día sin pernocte). El turismo interno, entonces, es de enorme relevancia en el turismo nacional. Y los destinos de "sol y playa" ocupan el primer puesto de los más visitados del país (Ministerio de Turismo de la Nación, 2013), representando un 50% del total (poco más de 15 millones de turistas en 2013, por ejemplo). En ese contexto, el interior de la provincia de Buenos Aires es la región que más visitantes recibe, concentrando un tercio de esos 30 millones que viajan por el país. Menos de un 5 % son extranjeros (Mongan *et al*., 2012). Toda esta gente arriba a poco más de una veintena de puntos o ciudades balnearias bonaerenses.

Vale decir que el deseo de viajar con fines turísticos a las costas o el mar no ha variado en milenios. Lo que ha variado es la calidad de las costas y del mar. Hoy cuesta

imaginar cómo era aquel paisaje original de nuestras playas. Existe un fuerte contraste entre las imágenes de los viajeros o naturalistas del siglo XIX que lo recorrieron a caballo y los millones de turistas que colmatan sus costas en verano.

Algunas personas mayores recuerdan sus viajes a la costa (Mar del Plata y otros balnearios vecinos) cuando todavía existía esa sucesión de interminables médanos y los legendarios "cementerios de caracoles", donde los más pequeños pasaban horas buscando sus tesoros malacológicos. Pescaban desde la misma playa con diversidad y abundancia de peces y era común recoger baldes con almejas amarillas y berberechos. Entre los afloramientos rocosos se observaban verdaderos acuarios con anémonas, algas verdes, rojas y pardas, cangrejos, caracoles, arañas y estrellas de mar. Poco queda de aquellos recuerdos en las costas más visitadas. Por eso, en este capítulo pretendemos invitar al lector a reflexionar sobre el valor de los escenarios naturales y la necesidad de su cuidado o conservación para sostener sus beneficios. En particular, los turísticos, y por consiguiente, los socio-económicos.

SISTEMAS ECOLÓGICOS Y RECURSOS TURÍSTICOS

Las dunas y humedales costeros, originalmente, integraban tierras fiscales o bien una porción pequeña de grandes estancias ganaderas con bordes marítimos de escaso valor productivo. Con el tiempo se fueron desprendiendo de esos sectores con mayor interés para la extracción de arena, el turismo y las operaciones inmobiliarias asociadas a este último. A fines del siglo XIX se generan los primeros balnearios (Mar del Plata, seguida por Miramar, Mar del Sud y Boulevard Atlántico). Por entonces, los viajes estaban motivados por la búsqueda de la naturaleza terapéutica del agua salada. Las aguas minerales y los baños de mar eran formas de curación buscadas por los miembros de la alta sociedad.

En esta época (hasta la primera mitad del siglo XX) el turismo se expande gracias al desarrollo de la red vial y ferroviaria, junto con los nuevos medios de transporte cada vez más populares (tren, auto, ómnibus y avión). Si bien la actividad siguió con su perfil aristocrático (Dadon, 2005) y burgués, se fueron desencadenando cambios que precedieron la configuración moderna. La estadía se redujo, aumentó el número de desplazamientos a lo largo del año y surgieron los escenarios turísticos, incrementando la oferta de destinos (Benseny, 2011a). Para los años 30, con la revalorización del borde marítimo se crearon varios partidos (General Lavalle, General Madariaga y Mar Chiquita). En tres décadas (1930 a 1960) se creó una quincena de ciudades o asentamientos (Villa Gesell, Mar de Ajó, Valeria del Mar, Mar Azul, San Clemente del Tuyú, San Bernardo, Las Toninas, Mar del Tuyú, Santa Teresita, Las Gaviotas, Santa Clara del Mar, La Lucila del Mar, Mar de las Pampas y Cariló, por ejemplo) que fueron adquiriendo el formato de los destinos convencionales de "sol y playa" (Benseny, 2011b).

La etapa contemporánea (Mesplier y Bloc Duraffour, 2000), puede definirse como una explosión. A mediados del siglo XX el espacio litoral recibió una afluencia masiva de

veraneantes. Si bien los centros turísticos tradicionales conservaron su importancia, se dio continuidad a la tendencia mundial de crear nuevos destinos mientras las ciudades pioneras fueron creciendo y transformándose. El aumento del valor inmobiliario estimuló que las residencias de grandes espacios horizontales fueran reemplazadas por franjas continuas de edificios altos, que las ciudades siguieran creciendo hacia sus bordes y que los puertos deportivos se separaran de los antiguos, muchos de ellos, pesqueros.

De la mano del turismo, la ocupación del territorio costero se fue caracterizando por elevadas concentraciones poblacionales distribuidas de un modo heterogéneo en el espacio y en el tiempo (Benseny, 2011a). Por regla general, entonces, demasiadas personas se concentran en unos pocos lugares y en una misma época del año (principalmente, en el verano). Conceptos como "capacidad de carga" (física, económica, socio-cultural, psíquica, ecológica, etc.) no fueron conocidos, evaluados o practicados. La improvisación fue la regla. Se asumió que no había una incompatibilidad manifiesta entre la conservación de los ecosistemas o sistemas ecológicos y el desarrollo de los recursos turísticos que encarnan. Pero cuando se ignora lo primero a la larga se amenaza lo segundo.

EL TURISMO GENERA OCUPACIÓN (DEL TERRITORIO)

A nivel mundial el turismo de sol y playa –si bien es antiguo- experimentó un crecimiento inusitado a partir de la segunda década del siglo XIX con las actividades balnearias practicadas en el Mar Mediterráneo. Los baños de sol en las playas de Niza, Cannes y Montecarlo se convirtieron en una práctica cada vez más popular aunque se iniciaron con pretensiones aristocráticas o para atribuirse un elevado estatus social (Barros de Moraes Lima, 2013). Las malas prácticas llevaron al deterioro progresivo de esos destinos, desencadenando la búsqueda de otros más alejados o bien con otro perfil recreativo.

Desde una perspectiva geográfica, el turismo en el espacio litoral se sostiene en los atributos naturales de un territorio con aptitudes para el tiempo libre y el ocio. La motivación principal que persigue el turista con la práctica del turismo de sol y playa es el descanso y el esparcimiento, dado que se incluye dentro del turismo de ocio (BignéAlcañiz *et al*., 2007). En general este tipo de personas ponderan la disponibilidad de ambientes costeros amplios, accesibles, agradables, limpios, seguros y por consiguiente, relativamente libres de contaminación. Por regla general, entran a jugar en este campo los criterios básicos de elección de los destinos, de sus productos y servicios. Esa elección se basa en la comparación, el nivel de "fidelidad" del visitante (ya sea por costumbre o conocimiento analítico), la expectativa generada y su percepción (o impresión subjetiva) sobre los rasgos de cada sitio. Sin embargo, el turismo masivo muchas veces no elige analíticamente a dónde viajar sino a dónde puede viajar o a donde le resulta menos oneroso. Es ahí donde las ponderaciones de calidad quedan al margen. Pero es sabido que cuanto menor calidad presenta un destino mayor resistencia debería presentar al nivel de visitación. Por esta razón no es casual que el turismo masivo se constituya en un factor de deterioro de la calidad de los destinos (Zeballos de Sisto, 2003).

El turismo es una actividad tan relevante que ha desencadenado la urbanización de muchos sitios en la Argentina. La provincia de Buenos Aires, como hemos visto, ocupa un lugar protagónico en este sentido. Por ello, su franja costera (como la del resto del litoral del país) experimentó un acelerado proceso de ocupación sin planificación previa y con un costo ambiental no evaluado previa ni posteriormente. Sin embargo, no hace falta evaluar mucho para percibir que pueblos y ciudades costeras han transformado severamente el paisaje original, ocasionando distintos disturbios (Dadon 2002, 2005). Este modelo de desarrollo exhibe patrones similares a los de otras partes costeras del mundo, que –pese a sus desaciertos- se reitera de modo irreflexivo como si fuera exitoso en todo sentido.

UN MISMO PAISAJE VISTO DESDE DIFERENTES LUGARES

Desde la mirada ambiental hablamos de un frágil espacio litoral formado por cordones de médanos y humedales representados por lagunas, bañados, arroyos y el ecosistema marino. Desde la óptica turística actual es un destino masivo para el país. El resultado final es desbalanceado. Existe apenas una decena de pequeñas áreas naturales protegidas que representan estos ambientes y en la mayoría de su superficie se los ha modificado o amenazado recurrentemente. Este paisaje se fue “domesticando” de la mano urbanizadora y a un ritmo vertiginoso a partir los 70.

Esa mano humana, modeladora del paisaje, se manifiesta nivelando los médanos o “fijando” los pocos que quedan con el cultivo de especies exóticas, impermeabilizando gran parte de los suelos, generando residuos líquidos y sólidos sin tratamiento, creando un litoral artificial con espigones, levantando edificios altos sobre la primera línea de playa, pavimentando calles y avenidas que alteran la circulación y el drenaje natural del agua y que terminan resintiéndose de múltiples formas en el equilibrio ambiental de la región (Benseny, 2011a). Todo ello concluye en un aumento de los disturbios, la fragmentación del litoral y el aumento de la vulnerabilidad de los ecosistemas de dunas. Dunas que brindan servicios ambientales y a la vez refuerzan las ponderaciones estéticas que hacen a una valoración turística.

Paradójicamente, la gente que comenzó a visitar estos sitios desde las grandes ciudades en busca de un paisaje silvestre lo terminó transformando en algo parecido al que pretendían dejar atrás en sus viajes. Los mismos hoteleros y residenciales que buscaron construir sus propiedades en lugares con vistas despejadas y preferentemente hacia el mar terminan rodeados de un océano de edificios que los alejan de aquella postal original con extensas playas, largos cordones de dunas y lagunas con bañados asociados. Queda demostrada la vulnerabilidad de estos ambientes y la veloz facilidad con la que vienen desapareciendo. En pocas décadas el paisaje deja de ser y representar lo que fue en el pasado reciente. Se interrumpe la provisión de bienes y servicios que daban las dunas, desencadenando –entre otras consecuencias- la pérdida de su biodiversidad, el cambio del paisaje cultural, el aumento de la erosión costera (Dadon 2002, 2005; Merlotto y Bértola, 2007) y hasta la pérdida de las singularidades culturales de la comunidad local (muchas veces asociada a la actividad pesquera), que poco a poco

termina pareciéndose a cualquier otra sin identidad definida. La mencionada erosión también trae como consecuencia el deterioro o pérdida de los yacimientos paleontológicos, tan ricos, en esta región (Tassara y Cenizo, 2014).

EL TURISMO GENERA BENEFICIOS PERO CON UN COSTO AMBIENTAL

Usualmente las autoridades municipales, provinciales y nacionales se ocupan de destacar los beneficios del turismo. No se discuten. Lo que se cuestiona es el no informar sobre sus impactos negativos y lo que es más grave: la falta de medidas que los evalúen, eviten, alivien, mitiguen o compensen.

Esta omisión acarrea un explícito "ninguneo" o ignorancia sobre la existencia y valores del patrimonio (natural y cultural) sobre el que se monta a cabalgar el turismo. Esa indiferencia es peligrosa: puede quitar de la memoria las razones por las que originalmente se eligió ese territorio para ser visitado. Y se corre otro riesgo: terminar por arrasar con todos sus rasgos distintivos o singulares. Cuando ello ocurra el destino turístico dejará de serlo para transformarse en un sitio de residencia permanente, similar a cualquier otro del mundo globalizado. Si eso ocurriera, sus habitantes seguramente saldrán a buscar otro lugar donde veranear, lejos de allí. La amenaza latente es casi obvia: que repliquen de nuevo toda esta historia.

Dadon (2002, 2005) estudió los impactos del turismo sobre los recursos naturales en la costa bonaerense, identificando los aspectos más preocupantes:

- La urbanización y forestación del cordón costero.
- La extracción de arena y conchilla.
- La incidencia de las pesquerías deportivas y turísticas.
- La demanda creciente de agua potable.
- La contaminación.
- La perturbación de la fauna silvestre.

Entre estos impactos los hay reversibles e irreversibles, pero siempre están subestimados. Por regla general, las áreas más vulnerables son aquellas donde el desarrollo turístico se realiza improvisando y sin control. Es decir, en la enorme mayoría de la región, lo que equivale a decir que invisibles no son. Sin embargo, las autoridades municipales y provinciales –hasta ahora- han hecho poco por generar evaluaciones de impacto ambiental y adoptar medidas mitigatorias.

La subestimación del valor de la biodiversidad de las dunas, médanos y humedales costeros hace que las malas prácticas turísticas no sean advertidas. Por ello, en muchos casos, desconociendo el daño hasta se fomentan formal e informalmente. Así, resulta común en áreas naturales protegidas y de valor sobresaliente como la Reserva Municipal Punta Rasa (Sitio Ramsar – Humedal de Importancia Internacional) ver vehículos todo-terreno o cuatriciclos haciendo levantar vuelo a las bandadas de miles de aves migratorias que allí se congregan para hacer escala alimenticia y seguir su titánica ruta. Este es un hecho común y difundido en casi todas las áreas protegidas costeras. Incluso en aquellas que protegen yacimientos paleontológicos únicos, como es el caso

de la Reserva Natural Provincial Pehuen-Có – Monte Hermoso. Esto, para mencionar solo dos ejemplos y donde los guardaparques realizan una intensa y meritoria tarea preventiva, de control y de educación ambiental. Tarea que normalmente tiene más soledad que acompañamiento por parte de las demás autoridades.



Figura 1. Reserva Faro Querandí. Foto: D. G. Ojeda.

El cuadro global de situación descripto hasta aquí pareciera arrimarnos a la teoría de la autodestrucción del turismo propuesta por Peter Weise hace un par de décadas (1996) y citada también por Benseny (2006). Sostiene que la construcción descontrolada de hoteles y otras obras de infraestructura turística –junto con otras actitudes desatinadas- modifican tanto el ambiente sobre el que se sustenta el turismo que el destino pierde exclusividad, se masifica y la propia actividad causa su colapso. Lo plantea en cuatro fases:

- **Fase 1**: un sitio alejado y valioso ofrece refugio a personas de buen posicionamiento socioeconómico.
- **Fase 2**: la promoción atrae turistas con recursos económicos más modestos que imitan los hábitos de consumo de los que tienen alto poder adquisitivo. Se incrementa el equipamiento hotelero y las facilidades turísticas. Se despliega una reorganización del uso de los espacios. Los pobladores locales se convierten en empleados del sector turístico. Los turistas de alto nivel adquisitivo abandonan el sitio. Aumenta el número de turistas y se desencadena una transculturización de los pobladores locales. El aumento de las plazas supera la demanda y comienza la disminución de tarifas y el deterioro del producto para mantener el mercado.
- **Fase 3**: se aspira a captar un turismo de menor nivel adquisitivo y se pierde la calidad del producto original. El deterioro del medioambiente es visible.
- **Fase 4**: a medida que el destino se hunde bajo el peso de los conflictos sociales y el deterioro ambiental se acrecienta (con la producción de residuos y otros elementos contaminantes), se alejan los turistas. Quedan infraestructuras turísticas abandonadas, las playas y los entornos degradados y una población local incapaz de retomar su estilo de vida original o calidad de vida original.

Cuando la competencia se intensifica y la demanda turística evoluciona los destinos tradicionales de sol y playa que basan su oferta en un turismo masivo se ven amenazados, dado que este tipo de producto está alcanzando la etapa de madurez o decadencia. El salvavidas de plomo para esta situación es la fuerte dependencia de los operadores turísticos que suelen padecer estos destinos (que presionan a los proveedores turísticos a bajar sus precios) y el deterioro del entorno como consecuencia del crecimiento descontrolado (BignéAlcañiz *et al.*, 2007). Entonces, al arribar a la fase final de este proceso los operadores que manejan el turismo masivo abandonan el lugar y orientan su clientela hacia los nuevos destinos que intentan poner de moda, dejando atrás un medio ambiente degradado y una sociedad que no pudo o supo aprovechar sus oportunidades de desarrollo.

Sin ánimo de caer en visiones catastrofistas, pero con espíritu crítico, realista y constructivo, podemos advertir que la falta de planificación en el desarrollo (urbano, turístico y ambiental) sobre el territorio costero configuró:

* **Ecológicamente**, una ocupación desordenada y desmedida de la enorme mayoría de la superficie de los ecosistemas de dunas. Esta ocupación transformó la mayoría de los espacios silvestres en áreas de uso turístico intensivo, dejando un remanente altamente intervenido, con relictos silvestres empobrecidos y fragmentados en pequeños parches discontinuos e insuficientemente protegidos.
* **Turísticamente**, una ocupación de las localidades con la capacidad de carga no evaluada pero claramente saturada en temporada alta (verano). A una escala regional puede observarse que las localidades turísticas tomaron como modelo a Mar del Plata y pretendieron clonarse, sin que hayan sabido diferenciarse para evitar la competencia o el canibalismo. No programaron identificarse con perfiles de visitantes definidos para captar distintos segmentos de un mismo mercado (según su clase etaria, poder adquisitivo, procedencia, conformación familiar) y con intereses diversificados (pesca, vida nocturna, gastronomía, deportes en la playa, compras, observación de aves y fotografía en la naturaleza, etc.). Por el contrario, se alimentó un perfil de turista consumista, justamente, el más alejado de la sostenibilidad dado que encuentra en el consumo el pilar de su recreación. Una de las consecuencias de esta conducta es la generación y disposición inadecuada de los residuos, muchos de los cuales terminan dispersos por el ambiente que rodea estos destinos. De ese modo se "engordan" los basurales, se ensucia el paisaje y se incrementa el volumen de los residuos (líquidos o cloacales) que en la enorme mayoría de los casos se vierten sin tratamiento previo al mismo mar costero donde el turista se recrea.
* **Socialmente**, una comunidad local con una identidad desdibujada, basada en un híbrido cultural donde se solapan distintas idiosincrasias más ajenas que autóctonas y auténticas del lugar.
* **Económicamente**, un escenario de incertidumbre.
* **Patrimonialmente**, escasos espacios naturales y culturales protegidos que conserven testimonios del paisaje y la cultura original. Una puesta en valor insuficiente y escaso sentido de pertenencia.

* **Políticamente**, la necesidad postergada de replantear este tipo de desarrollo para evitar el colapso turístico y favorecer una sostenibilidad a largo plazo.

Las consecuencias de la transformación o “domesticación” del paisaje se hacen sentir sobre los ecosistemas naturales, empobrecidos en diversidad autóctona, invadidos biológicamente, contaminados y presionados por la intrusión, la caza, la pesca o la captura de animales vivos. Por su parte, las áreas urbanizadas o antropizadas presentan erosión costera, derrumbe de la primera línea de frontera marina que amenaza viviendas y otras estructuras (caminos, avenidas costaneras, rutas), mayor frecuencia, intensidad y duración de inundaciones, aumento del número y de la superficie de los basurales y el deterioro progresivo de la estética paisajística. La relevancia de estos aspectos amerita una caracterización cuali-cuantativa de todo estos impactos (Ordoqui, 2010).

HACIA LA BÚSQUEDA DE SOLUCIONES Y FACTORES DE CORRECCIÓN

El modelo de desarrollo que se impulsó a lo largo de la franja costera bonaerense desplegó impactos análogos a los de un monocultivo intensivo. En lugar de haber analizado las aptitudes territoriales para poner sobre la mesa la diversidad de opciones de actividades productivas de un modo irreflexivo se impuso una única opción: el turismo de sol y playa. Tal como lo afirmó Dadon (2002), “la masificación del turismo ha sido la alternativa seguida en general en las playas bonaerenses”. Es fácil advertir que no era la única opción. Seguramente si se hubiese llevado adelante un plan de ordenamiento territorial se hubieran desprendido otras iniciativas que no solo hubieran diversificado la matriz productiva, dado que la actividad turística puede contribuir con el desarrollo local pero no siempre de un modo absoluto ni aislado (Varisco, 2008). También habrían asegurado un menor impacto ambiental, por basarse en las aptitudes del territorio. Y, de seguro, se habría contemplado crear áreas naturales protegidas para asegurar que los bienes y servicios de los ecosistemas costeros siguieran operando en beneficio de la sociedad y de su desarrollo.

No es sencillo ahora reordenar un territorio que se estructuró culturalmente (y en particular desde su infraestructura) después de un siglo de crecimiento no planificado. La matriz geográfica sobre la cual se puede trabajar ahora es distinta a la original. Queda una franja costera intervenida, urbanizada, ocupada y con crecientes necesidades sociales, económicas y ambientales. Sin embargo, se puede aprovechar y potenciar la resiliencia de los ambientes naturales intervenidos para rearmar una red de espacios silvestres que amortigüen los impactos negativos desencadenados. Esta es la forma más eficiente, veloz y de menor costo financiero para restaurar bienes y servicios perdidos o deteriorados. Los beneficios a corto y largo plazo deberían traducirse en el mejoramiento de la calidad de vida de los vecinos y de los visitantes, como así en la conservación del principal atractivo turístico (Vera *et al.,* 1997).

Hace ya muchos años Ceballos-Lascuráin (1998) viene señalando que existe un creciente interés por nuevos modelos de turismo que requieren mayores niveles de calidad ambiental. El nuevo paradigma va a contramano del actual. En lugar de arrasar o

transformar lo que queda de las áreas silvestres se pretende conservarlas para aplicar modalidades de turismo que dependen de su existencia (observación de aves, fotografía de naturaleza, caminatas planificadas y otras actividades al aire libre).

Afortunadamente, en los últimos años es mucho lo que se ha generado de información científica sobre estos ecosistemas (Celsi, 2013; Celsi *et al*., 2010; Celsi y Monserrat, 2006; Folguera, 2010; Kacoliris *et al*., 2008; Monserrat, 2010; Monserrat y Celsi 2005; Tassara y Cenizo, 2014). Este grueso volumen es prueba de ello. Sabemos dónde están, qué contienen, cuál es su valor, qué les pasa y qué necesitan.

En el litoral costero bonaerense las amenazas no se ciernen solo sobre su angosta franja de dunas y humedales. También lo que queda de la cultura original con sus tradiciones marinas se van perdiendo. A tal punto que muchos de los habitantes estables del núcleo receptor de estas localidades piensa que no existe ya una identidad local, como sucede en otras partes del mundo (Barros de Moraes Lima, 2013). De ahí la importancia de crear nuevas áreas naturales protegidas (Celsi *et al*., 2010; Mantecón, 2013) y de fomentar las manifestaciones populares, los usos tradicionales, las artesanías, la música y danzas folklóricas, los platos regionales, etc. Ambas acciones constituyen las alternativas de mayor autenticidad y sostenibilidad para la inclusión social en un proceso de planificación y desarrollo turístico. Cada municipio debería plantearse estas propuestas como prioridades.

Por suerte, poco a poco se va instalando un fenómeno de valoración de los ecosistemas costeros donde la historia, los rasgos de la cultura popular y los rasgos naturales del paisaje original representan mejores oportunidades para el turismo y la recreación, potenciando la diversidad de posibilidades de aprovechamiento, evitando la mercantilización o prostitución del paisaje.



Figura 2. Reserva Faro Querandí. Foto: D. G. Ojeda.

Por eso, no debería ofrecer espacio a la discusión la necesidad de salvar los últimos relictos o parches de dunas y humedales costeros en buen estado de conservación. Cuando se revise la posibilidad de crear nuevas áreas naturales protegidas o resguardar sitios y lugares culturales (arqueológicos o históricos) seguramente se va a tener que elegir entre "lo que queda" y no en lo que debió haber quedado a salvo.

Una vez fortalecido el sistema de áreas protegidas de este sector de la provincia de Buenos Aires será necesario instrumentarlas y reflexionar sobre sus posibilidades de aprovechamiento turístico, recreativo, científico, educativo, ecológico, etc. De este modo y con una base de planificación turística, el desarrollo socio-económico de la costa bonaerense y la conservación de sus áreas naturales resultarán acciones inseparables. Quienes piensan que uno rivaliza con el otro es por incapacidad, incompetencia o intereses creados de corto plazo y contra el bienestar general.

HACIA UNA VALORACIÓN DISTINTA DE LA COSTA BONAERENSE

Pese a todos los síntomas no deseados, el turismo del sol y la playa seguirá siendo una de las prioridades entre las motivaciones para viajar por la costa bonaerense. Algo similar ocurre en España, donde distintos especialistas que investigaron este campo llegaron a la conclusión que "con el fin de responder a este nuevo panorama competitivo, el modelo tradicional de sol y playa centrado en un turismo masivo debe transformarse mediante una mejora en la calidad de los servicios turísticos y llevando a cabo una diversificación de la oferta complementaria" (BignéAlcañiz *et al*., 2007). Este proceso de transformación exige indagar las percepciones y el comportamiento de la demanda turística para comprender qué dimensiones subyacen en el imaginario de los visitantes de los destinos y qué tipo de experiencias valoran.

La investigación mencionada concluyó en que los atractivos complementarios de un destino de sol y playa (los sitios históricos o culturales, los entornos naturales y las actividades de ocio y entretenimiento) y la oferta turística básica (alojamiento, restaurantes, amabilidad y clima) son las dimensiones de la imagen que más influyen en la satisfacción del visitante y en su intención de recomendarlo a terceros. Los atributos asociados con las playas, por su parte, son el factor más influyente al momento de expresar la intención de volver al destino. En lo que atañe a las percepciones relacionadas con la infraestructura, sorprendentemente para muchos, ejercen el papel menos influyente en la satisfacción porque no constituyen elementos diferenciadores entre los destinos y se dan por supuestas por los turistas. Finalmente, esta investigación ratifica que "estos resultados corroboran la necesidad de ampliar la oferta complementaria de los destinos turísticos de sol y playa con el fin de mejorar su competitividad, dado que ésta puede ser una importante fuente de diferenciación y es un aspecto clave en la valoración del destino y en las intenciones futuras de comportamiento respecto al mismo. Del mismo modo, se pone de relieve la necesidad de mejorar la calidad de la oferta turística básica, por el importante papel que desempeña en la satisfacción e intención de recomendación del destino" (BignéAlcañiz *et al*., 2007). En esta misma dirección hace ya una década el

Estado Nacional (ST-SAyDS, 2005) dio una buena señal en esa dirección: publicó directrices y una guía de evaluación para dar calidad a la gestión turística y ambiental de las playas y balnearios. Posteriormente, Toselli y Godoy (2011) superaron esa versión, lo que indica una tendencia sostenida en la búsqueda de esa calidad. Resta ahora aplicarlas.

Por más sorprendente que le pueda resultar a muchos, el rasgo más auténtico, distintivo y valioso que tiene el destino de sol y playa de la provincia de Buenos Aires lo constituye su conjunto de dunas, médanos y humedales costeros. Por fragmentados e "insularizados" que estén representan buenos muestrarios del paisaje original. El mismo que fue escenario de una parte de la historia argentina y bonaerense. Aquel que concentra todavía poblaciones de su curiosa biodiversidad, adaptada a la vida entre la arena y el mar. Lógicamente, esta no es la visión de la mayoría de los operadores turísticos, porque su principal motivación no es la identificación de los valores patrimoniales de los destinos, sino el lucro que pueden obtener de ellos. Muchos visitantes ignoran incluso la existencia de estos relictos naturales. Y quienes los conocen suelen pensar solo en qué beneficios pueden brindarle. En lugar de generar un modelo que emule el mutualismo biológico adoptan uno parasitario o depredatorio.

Pero en el mundo (incluyendo la Argentina), hay empresarios y funcionarios de turismo que saben que su actividad depende de la conservación del patrimonio (natural y cultural). Por consiguiente, no piensan solo en sus negocios. Los más inteligentes invierten y se involucran en la conservación o manejo del patrimonio de los destinos que operan o administran. El sentido de pertenencia poco a poco se va arraigando en una parte de la sociedad vecina a los lugares más valiosos. Muchos de los que conocen la naturaleza y los bienes culturales de la angosta franja costera bonaerense ya están trabajando en su investigación, conservación, educación ambiental y en un turismo diferente. Las reservas naturales poco a poco comienzan a presentar portadas de acceso, cartelería, senderos y centros de visitantes o de interpretación. Tienen guardaparques y reciben turistas. Ya no se contentan solo con que conozcan el lugar; hacen notables esfuerzos por dejarles un mensaje ambiental.

Ya lo dijo Dadon (2002): "el turismo puede así constituirse en una herramienta inmejorable para valorar el patrimonio paisajístico-natural e histórico-cultural de la zona costera bonaerense y, al mismo tiempo, proveer los recursos económicos necesarios para su conservación".

Cabría preguntarse, ahora, ¿qué le preocupa a los protagonistas e impulsores del turismo? ¿La estacionalidad? Es decir, ¿llevar a lo largo de todo el año la misma cantidad de visitantes que durante la temporada alta? Después de los comentarios anteriores queda claro en qué era geológica intelectual podrían ubicarse esas personas. Sabemos que es difícil buscar la excelencia cuando muchas veces hay una lucha por la supervivencia. Pero cuando esa supervivencia depende de una buena gestión del patrimonio los desafíos están dentro de un mismo paquete. Y una buena gestión marca también una diferencia en la competitividad y la trayectoria. Por algo las certificaciones de calidad turística incorporan cada vez con más rigor los aspectos ambientales. Quienes no tengan la motivación de conservar la naturaleza y la cultura popular por altruismo o bien común lo terminarán haciendo en defensa propia y más temprano que tarde si quieren sobrevivir.



Figura 3. Reserva Faro Querandí. Foto: D. G. Ojeda.

Mientras tanto, se podría ir poniendo foco en generar nuevas experiencias para un público cambiante y cada vez más exigente. Y para ello, la máxima prioridad es mejorar la calidad del destino. Pero no en cualquier sentido o dirección, sino en una mejora que asegure la conservación de su patrimonio, sumando nuevas áreas protegidas (naturales y culturales), instrumentando las ya existentes, aunque haya que trabajar sobre la marcha para ponerlas en valor y crear a la vez una "marca" distintiva para cada localidad. En nuestra opinión, estas experiencias deberían dirigir sus esfuerzos hacia:

* La práctica de la interpretación del patrimonio, para conectar intelectual y emocionalmente al visitante con los bienes naturales y culturales, dejándoles un mensaje que los comprometa con su cuidado.
* Diseñar y ofertar experiencias "a medida" de los distintos segmentos de visitantes y no "para público en general".
* Conocer las áreas naturales y culturales menos conocidas, ayudando a instrumentarlas y su manejo sostenible (respetando sus capacidades de carga).
* Adoptar buenas prácticas ambientales y turísticas con convicción.
* Identificar las necesidades del patrimonio -como las de sus comunidades locales- y planificar actividades turísticas que puedan aliviarlas o resolverlas.
* Apoyar la capacitación de la comunidad local, para orientar su desarrollo cuidando los paisajes y tradiciones que hacen a su identidad.
* Priorizar la organización de tours hacia los destinos usando los medios de trans-

porte público y –ya en la localidad- contratar transportistas locales para colaborar con la economía del lugar.

* Diversificar la distribución de las ganancias en el sitio visitado, evitando la contratación de todos los servicios de un tour a un único proveedor.
* Poner en valor las comidas regionales por sobre las demás, la producción de artesanías tradicionales, los hospedajes pequeños, los itinerarios no convencionales y los guías que generan actividades donde el visitante no es un espectador u oyente sino un protagonista activo.

FINALMENTE…

Cualquier medida para poner en valor, conservar y comunicar la importancia de los pocos fragmentos que quedan del paisaje original del litoral costero bonaerense va a ser difícil de adoptar si no se involucran los funcionarios públicos, los comerciantes locales, los propietarios de los alojamientos, bares y restaurantes, los que ofrecen productos y servicios turísticos, los vecinos, las organizaciones de bien público, los establecimientos educativos, los investigadores y los mismos turistas.

Considerando que el turismo de sol y playa es uno de los principales motores económicos de la provincia de Buenos Aires está claro que se requiere de una inmediata revisión sobre cómo se ha desarrollado hasta ahora para planificar cómo debería desarrollarse de ahora en más.

El turismo creció desde el amateurismo e improvisando. Es tiempo que se profesionalice y planifique en todas sus áreas de acción. La protección de los sectores sobrevivientes del paisaje original a través de al menos un parque nacional que refuerce las áreas naturales protegidas provinciales, municipales y privadas surge como una necesidad prioritaria. No solo para salvaguardar el patrimonio natural y cultural de nuestras costas, sino también para impulsar un auténtico desarrollo de las comunidades locales a través de un turismo inédito, respetuoso de la naturaleza como criterio rector. En definitiva, de la protección del paisaje costero dependen muchos aspectos sociales, económicos, políticos y ecológicos aunque no resulte obvio para quienes toman decisiones públicas sin analizar los aspectos ambientales y el cuidado del patrimonio integral.

BIBLIOGRAFÍA

Barros de Moraes Lima, L. B. 2013. Impactos del turismo de sol y playa en el litoral sur de Sergipe, Brasil. *Estud. perspect. tur*., 22(3).

Benseny, G. B. 2006. El espacio turístico litoral. *Rev. aportes y transferencias,* Año X, 2: 102-122, Instituto de Investigaciones Turísticas, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Benseny, G. B. 2011a. La zona costera como escenario turístico. Transformaciones territoriales en la costa atlántica bonaerense, Villa Gesell (Argentina). Tesis de Doctorado, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca.

Benseny, G. B. 2011b. Valoración turística y transformación territorial costera en la provincia de Buenos Aires (Argentina). *Rev. Párrafos Geográficos,* 10(2): 110-129, Mar del Plata.

BignéAlcañiz, E., I. Sánchez García y R. Currás Pérez. 2007. El papel de la imagen del destino en la valoración y comportamiento post compra del turista de sol y playa. *Papers de Turismo,* 42: 57-73, Universitat de València.

Ceballos-Lascuráin, H. 1998. Ecoturismo. Naturaleza y Desarrollo Sostenible. Diana, México.

Celsi, C. 2013. Cambios estacionales en la vegetación nativa de las dunas costeras en la pampa austral (Coronel Dorrego, Buenos Aires). *Historia Natural, 3*(1): 31-46, Buenos Aires.

Celsi, C. y A. L. Monserrat. 2006. Valor y funcionalidad ecológicos de las dunas costeras de Coronel Dorrego, Buenos Aires. *Bosque,* 27(2): 201-202.

Celsi, C., D. H. Mac Lean, A. Yezzi y M. L. Triches. 2010. Dunas costeras de la pampa austral: biodiversidad, ecología y conservación entre el río Quequén Salado y el Balneario Pehuencó. Ed. del autor, Buenos Aires.

Dadon, J. R. 2002. El impacto del turismo sobre los recursos naturales costeros en la costa bonaerense argentina. En: Dadon, J. R. y S. D. Matteucci (eds.). *Zona Costera de la Pampa Argentina*. Lugar Editorial, Buenos Aires, pp. 101-121.

Dadon, J. R. 2005.Historia ambiental y turismo en la costa bonaerense: De playas, vacaciones y ecología. *Todo es Historia,* 450: 54-62, Buenos Aires.

Folguera, L. 2010. Entre la arena. *Bol. Biológica,* 15: 11-17.

Haggett, Peter. 1983. Geografía – Una síntesis moderna. Ed. Omega, Barcelona.

Kacoliris, F., J. Williams, G. Sánchez Véliz y A. Rafael. 2008. Observaciones sobre el uso de cavidades en la arena por parte de la lagartija de los médanos (*Liolaemus multimaculatus*). *Cuad. herpetol.*, 22(1): 49–50, 2008, AHA, La Plata.

Mantecón, C. L**.** 2013. Consideraciones sobre el desarrollo urbanístico y la problemática ambientalen la costa de la provincia de Buenos Aires. *Rev. Electrónica del Instituto de Investigaciones "Ambrosio L. Gioja"* - Año VII, 10: 118-143, Buenos Aires.

Mesplier, A. y P. Bloc-Duraffour. 2000. Geografía del turismo. Ed. Síntesis, Madrid.

Merlotto, A. y G. R. Bértola. 2007. Consecuencias socio-económicas asociadas ala erosión costera en el balneario Parque Mar Chiquita, Argentina. *Investigaciones Geográficas,* 43: 143-160. Instituto Universitario de Geografía, Universidad de Alicante.

Ministerio de Turismo de la Nación. 2013. EVyTH 2013, Encuesta de Viajes y Turismo de los Hogares. Buenos Aires.

Mongan, J. C., M. Lombardi y L. Salim. 2012. El sector turismo en la provincia de Buenos Aires. *Documento de Trabajo DPEPE* N°02/2012. Ministerio de Economía | Dirección Provincial de Estudios y Proyecciones Económicas. La Plata.

Monserrat, A. L. 2010. Evaluación del estado de conservación de dunas costeras: dos escalas de análisis de la costa pampeana. Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Buenos Aires.

Monserrat A. L. y C. E. Celsi. 2005. Una mirada hacia el futuro: la conservación de las costas. En: De la Vega, S. (ed.). *La Costa de Buenos Aires. Las Leyes del mar*. Contacto Silvestre Ediciones. Buenos Aires, pp. 123-124.

Ordoqui, J. M. 2010. Territorio y gobernabilidad ambiental: análisis y reflexiones para el turismo de sol y playa en el litoral marítimo de la provincia de buenos aires. *III Jornadas del Doctorado en Geografía. Desafíos Teóricos y Compromiso Social en la Argentina de Hoy*, La Plata,

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata.

ST-SAyDS (Secretaría de Turismo y Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación). 2005. Playas y balnearios de calidad: gestión turística y ambiental. Directrices y guía de evaluación. Buenos Aires.

Tassara, D. A. y M. M. Cenizo. 2014. El patrimonio paleontológico en el sector costero al NE de Mar del Plata (provincia de Buenos Aires, Argentina): Estado del conocimiento, vulnerabilidad y propuestas para su conservación. *Rev. Museo Argentino de Ciencias Naturales,* 16(2): 165-183, Buenos Aires.

Toselli, C. y A. F. Godoy. 2011. Aplicación de directrices de calidad para la gestión y uso turístico de balnearios y playas. *Rev. El Periplo Sustentable,* 20: 31-59, Univ. Nac. de México.

Varisco, C. 2008. Desarrollo turístico y desarrollo local: la competitividad de los destinos turísticos de sol y playa. Tesis de Posgrado, Universidad Nacional de Mar del Plata.

Vera Rebollo, J. F. (coord.), López Palomeque, F., Marchena Gómez, M., y S. Antón Clavé. 1997. Análisis Territorial del Turismo. Barcelona, Ariel.

Weise, P. V. 1996. Desarrollo de un turismo incontrolado en el Golfo de México. Informe presentado en la Conferencia Internacional sobre “Procesos en las Ciencias de la Tierra, Uso de Materiales y Desarrollo Urbano”, Bogotá, Colombia.

Zeballos de Sisto, P. 2003. Turismo sustentable: ¿Es posible en Argentina? Ediciones Turísticas, Buenos Aires.